

el fundador de

ESTUDIOS

su pensamiento

Por ATILIO DELL'ORO MAINI

EL momento en que nace "*Estudios*" puede caracterizarse bajo dos aspectos: el que concierne a las ideas dominantes dentro del ámbito del pensamiento y de la acción, y el que se refiere a la posición de los católicos en el orden de su participación en la cultura y en la vida pública del país.

Domina incontrastable entonces la influencia del criticismo kantiano en la filosofía, la del positivismo en las diversas ciencias, y las del laicismo en la vida individual y colectiva. Si desde un ángulo religioso, tales doctrinas despojan a la creencia en Dios y a la fe en la Iglesia de todo fundamento racional por considerar inaccesible a la inteligencia cuanto trasciende de la realidad fenoménica, desde el punto de vista del proceso cognoscitivo implican una desintegración de la inteligencia, negada en su capacidad de aprehender el ser y de desarrollar los diferentes grados del saber. El católico, pues, sentíase desconocido y atacado en

su doble realidad de hombre creyente y de hombre pensante. Un ambiente enraizado de escepticismo, de duda y de recelo, cuando no de mofa y de desdén, rodeábalo por doquier.

El liberalismo, en sus formas más sectarias, había invadido el país, y desde él venía ganando casi todas las batallas. Cualquiera de sus manifestaciones —filosóficas, religiosas o políticas— implica una deformación del concepto de libertad, la ruptura de toda relación de dependencia de la razón con un ser superior y absoluto, la afirmación de la plena autonomía de la razón como fuente de toda verdad. La religión es considerada como un hecho del fuero interno, ajeno por completo al magisterio de la Iglesia, a la doctrina de sus dogmas, al poder santificante de sus sacramentos. El desprecio de la autoridad doctrinaria de la Iglesia trajo la más espantosa confusión de las ideas sobre el hombre, su origen y su destino, y, en última instancia,

la rebelión del hombre contra Dios. En el campo político y social, el liberalismo corrompió las legítimas conquistas de la democracia, exaltando el individualismo naturalista y la teoría de una soberanía del pueblo, absoluta, desorbitada y auto-suficiente, que acabó por desconocer, en la anarquía o en el despotismo, los derechos esenciales de la persona humana y la dignidad de su destino.

Los errores del liberalismo van siempre prendidos a muchas verdades, de las cuales aquéllos son una deformación. Por eso, ha sido lento en el seno del laicado católico el exacto discernimiento de los mismos. Tardaron mucho en comprender que correspondía a los católicos ser los auténticos defensores de la inteligencia y de la libertad. El Congreso del 84 había dado un amplio y lúcido voto de acatamiento al "Syllabus" de Pío IX, en el que se condenaban los errores del liberalismo, del racionalismo, del socialismo y del comunismo, con extraordinaria agudeza y una gran previsión del desarrollo histórico de las mencionadas doctrinas. Sin embargo, no fue fácil, en nuestro país, desprenderse de su garra. Por un error, tal vez de perspectiva, se encaban esos errores como ataques de un adversario ajeno al cuerpo de la Iglesia. En realidad, ellos fueron la consecuencia de muchas infidelidades, trasgresiones y apostasías de sus propios hijos. He ahí el tremendo drama de su doloroso desgarramiento y el sentido del esfuerzo necesario para recuperar aquellas almas de la divina maternidad de la Iglesia.

Se hizo muy difícil, a comienzos del siglo, sobreponerse al laicismo dominante, difundido en todos los órdenes de la actividad, no sólo por la vía de la educación pública sino por una especie de contagio fulminante e incontrolado, que se veía favorecido por la ambigüedad de su doctrina y la variedad de sus manifestaciones, frecuentemente confundidas con la de otras escuelas concomitantes provenientes de la misma fuente racional y naturalista.

Del extranjero llegaban ejemplos de la universal subversión que naturalmente estimulaban el virus inoculado en la opinión del país. En Italia prolongábase la tensión con la Iglesia, como consecuencia del abatimiento del poder temporal del Pontífice, cuestión cuyas vicisitudes utilizaban las logias para enardecer los ánimos de un anticlericalismo violento y espectacular. En Francia habíase producido en 1904, con gran estrépito, la ruptura de sus relaciones con la Santa Sede, y un año después promulgábase la ley de separación, abrogando unilateralmente el concordato vigente y confiscando los bienes de la Iglesia, cuya administración transferíase a las llamadas "asociaciones culturales", fórmula más tarde rechazada, con lúcida energía, por el P. Pío X, a pesar de que la recomendaban sectores autorizados del clero y del laicado. Todos estos hechos repercutían como dijimos en el país y no dejaban de apabullar a muchos espíritus, acobardados por los progresos consciente de la impiedad.

Más importante, por eso, que precisar en aquella época el significado, alcance y contenido del laicismo, es señalar su penetración solapada en la conciencia de la masa católica de la nación. El católico penetrado de laicismo se neutraliza, pierde la estructura vital de sus creencias, deja de sentir con la Iglesia; se desliza por la pendiente de la deformación naturalista y sacude, poco a poco, sus vínculos con el ministerio docente y sacramental, subestimando el valor y la eficacia de la propia doctrina para resolver los grandes problemas del momento histórico. No es de extrañar, por lo tanto, si pierde toda facilidad de reacción ante cualquier ataque de los derecho de Dios o a los de la Iglesia, y se siente incapaz de irrumpir con una doctrina positiva y creadora en el ámbito dominado por las ideas adversas. La falta de formación teológica, la doctrina espiritual, el sentido de la vida sobrenatural, la irradiación de su vocación cristiana dentro de la sociedad.

La conciencia de estos males y deficiencias despertó entonces la reacción de

los católicos, cuyas filas comenzaron a deshacerse precisamente en este mismo decenio del siglo. Renacieron sus fuerzas. Durante un largo período, después de las batallas del 86, el fracaso de la experiencia política había desbaratado las agueridas huestes, dejándolas en el desaliento, la apatía y la desorganización. Vuelven a reunirse, ahora, en busca de la unidad y de la lucha abierta. Se realizan, con este fin, promovidos por la Congregación Mariana de los ex-alumnos del Salvador, los congresos nacionales de 1907 y 1908, bajo la presidencia de Emilio Lamarca, glorioso sobreviviente de las jornadas del 86. Se advierte en los temas y en los debates la evolución de los tiempos; ya no ocupa el primer lugar la consideración del problema político, cedido al estudio de la llamada cuestión social, al desamparo moral y material de las clases obreras, a la pavorosa descristianización de las masas. Se difunde el conocimiento de la Doctrina social de la Iglesia, contenida en los célebres documentos de León XIII y de Pío X. No se trata, por consiguiente, de la conquista del poder ni del ejercicio de los derechos electorales. Este problema no los deja indiferentes, pero se valora de otro modo la convicción de que los católicos constituyen la mayoría. "No sólo hay que defender sus derechos en las urnas —dice Lamarca—; hay que disputar sus almas al error". Al mismo tiempo, y en otros sectores del catolicismo argentino, se realizaban actos de singular trascendencia: los congresos de los Círculos Católicos de obreros, fundados años antes por el P. Federico Grote; el de los terciarios franciscanos; la asamblea Diocesana de Tucumán; y, particularmente, el primer Congreso de la Juventud Católica en 1908.

Entre los diversos frutos de tan intenso movimiento debe destacarse por su significación y amplia resonancia, la Liga Social Argentina, propuesta por Emilio Lamarca en el Tercer Congreso de los Católicos Argentino, realizado en Córdoba, en 1908, del cual surgió constituida,

bajo la presidencia de aquél, de acuerdo con las normas del célebre "Motu Proprio" dictado el año antes por Pío X. Su obra fue constructiva y duradera. Dedicóse a despertar la vocación y personal iniciativa, de los católicos; a transformar la orientación de su conducta pública, a estimular la fundación de diversas y nuevas obras; proponiéndoles métodos y soluciones, auxiliándolos con bibliotecas, publicaciones, conferencias, cursos y asesoramientos que pronto se difundieron a millares por todo el país. Afrontó el problema de los trabajadores rurales, creando cajas cooperativas y defendiéndolos en la conquista de sus derechos. También constituyó en varias ciudades del interior centros locales destinados a la propagación y defensa de las doctrinas cristianas. La Liga, siempre presidida por Lamarca, prolongó sus actividades hasta 1919, en que, por iniciativa del Episcopado, sirvió de base para una de las ramas de la Unión Popular Católica Argentina.

Otro hecho de suma trascendencia en aquella época fue la fundación de la primera Universidad Católica, realizada en 1910 por el Episcopado Argentino en cumplimiento de resoluciones que desde 1902 venía tomando en sus reuniones trienales. El viejo anhelo, ya expresado en el Congreso del 84, y particularmente ratificado en el Congreso de la juventud en 1908, vino a cumplirse, tras ímprobos esfuerzos, abriéndose a la juventud estudiosa la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, conforme a los planes de la Universidad oficial, cuyas asignaturas obligatorias fueron completadas con la enseñanza de la filosofía, la Historia y la apologetica, destinadas a integrar la formación de sus alumnos. Aquel mismo año tuvo lugar el Primer Congreso Pedagógico Católico Nacional, iniciado también al amparo y por inspiración de la Compañía, cuyas deliberaciones tocaron los temas más importantes vinculados con la enseñanza, proclamando, de acuerdo con los preceptos constitucionales, el derecho de la flamante universidad para obtener el reconocimiento de sus grados y títulos profesionales. La Universidad Nacional

de Buenos Aires negó en 1912, la incorporación solicitada por la Universidad Católica, la cual invocó en su favor el artículo 6º de la Ley 934, llamada de libertad de enseñanza. Aquella decisión frustró la noble iniciativa, la cual hubo de disolverse en 1920 ante la imposibilidad de su reconocimiento jurídico. Dos de sus alumnos, que entonces cursaron en ambas universidades todos los estudios de su carrera, Arturo Barcia López y el autor de estas páginas, tienen hoy la dicha de ser profesores de las nuevas universidades católicas, el primero en la del Salvador, y el segundo en la de Santa María de los Buenos Aires.

Para completar este cuadro de aquel período debemos recordar la importantísima creación de los "Centros Católicos de Estudiantes", encabezados por discípulos de los jesuitas cuyas filas agruparon abundante número de alumnos de los claustros universitarios y colegios nacionales, extendiéndose rápidamente por las más importantes ciudades del interior. Tuvieron su órgano de expresión en "Tribuna Universitaria" y, más tarde, en "Signo". Sus fines abarcaban la perseverancia en la fe, el progreso en el conocimiento de la doctrina, el cumplimiento de los deberes específicos del estudiante, la conquista de la inteligencia y la refutación serena y razonada de las teorías emitidas por la cátedra, adversas a sus convicciones religiosas.

Hemos ya destacado, al pasar, la presencia de la Compañía de Jesús en muchas de las iniciativas y movimientos que caracterizan en aquel período, el renacimiento del catolicismo argentino. Su actividad va adaptándose rápida y resueltamente a las exigencias del tiempo. Se desarrolla alrededor de la afamada labor docente del Colegio del Salvador, de donde siguen egresando nutridas generaciones formadas en la doctrina de la Iglesia y en el amor de la patria. Muchas veces el veneno del laicismo, diluido en el ambiente, apaga los fervores iniciales y debilita las convicciones sin destruir empero un sedimento favorable al reclamo

de los grandes principios tradicionales de la cultura de la nación. Las aulas del Salvador de Buenos Aires, así como las de la Inmaculada de Santa Fe, para referirnos a las más directamente vinculadas con el acontecimiento que conmemoramos sin olvido de otras igualmente estimables, proporcionaron al catolicismo argentino el abundante y selecto aporte de sus jóvenes, formados ya en un nuevo molde, más adecuado a las severas exigencias de la doctrina y muy sensibles a los problemas de la sociedad a la que se incorporaban.

La Congregación Mariana de los ex-alumnos del Salvador es, en aquella presencia de la Compañía, el foco de una fecunda labor apostólica, en la que se confunden, en estrecha colaboración, los hombres más eminentes con los jóvenes desconocidos y novicios. No podemos dejar de recordar, entre otras, la actividad rectora desempeñada por los PP. Camilo Jordán, Segismundo Masferrer y Vicente Gambón. Este último vinculado por su magisterio notable a muchas generaciones, tenía la virtud de atraer a los jóvenes por su bondad comprensiva, su incansable y seguro consejo, su exacta noción de los problemas y, sobre todo, el arte sutil de brindar el apoyo y el estímulo. En sus manos diligentes se anudaba el lazo de las más diversas generaciones, lográndose una unidad difícil de lograr en otra parte. Por eso, obtenía siempre resultados prontos y fecundos. Con igual celo se trabajaba en varios y diferentes sectores, mas lo que emprendía el P. Gambón adquiría un alcance universal.

Frente a la realidad que hemos apuntado, la sagacidad del ilustre jesuita descubrió la ausencia de una gran revista de ideas, capaz de desenvolver con regularidad y con método un plan de formación de criterio católico. Concibió entonces la fundación de la revista "*Estudios*" cuyo cincuentenario conmemoramos. Su estructura responde al tipo de las editadas en Europa por la Compañía, la celebrísima "*Civiltà Cattolica*" de Roma, "*Razón y Fe*" de Madrid, "*Etudes*" de París. No son éstas, revistas dedicadas a

la exposición de temas de una ciencia determinada, ni a la difusión y desarrollo de los planes de un movimiento de acción. Son revistas centinelas, órganos registradores de una actualidad vigilada, analizada, valorada; abarcar los temas más diversos, en las ciencias, en las artes, o en las letras, o los problemas del ámbito de la vida religiosa, social, política y económica, ya sea para dar testimonio de un progreso o de una invención, ya sea para relacionar su objeto con el más vasto campo de la cultura o con las legítimas exigencias de la religión. Desde el punto de vista católico, constituyen un acto de presencia constante en el agitado debate de las ideas, con el fin de deslindar los fueros de la fe y los de la razón, amenazados por el error, la ignorancia o la impiedad. De ahí, la obligada variedad de las materias abordadas, el vigor polémico de sus exposiciones, el brío y agilidad del estilo. En todas las páginas se busca el cumplimiento de la misma finalidad; no sólo los artículos de fondo, también las diversas secciones permanentes de la revista, proporcionan al lector la información novedosa y abundante, sobre hombres, hechos y doctrinas. El enfoque va siempre dirigido a considerar los problemas de diverso orden que se presentan en el país, sobre un plano de unidad de criterio, apto no sólo para esclarecer las inteligencias sino para aunar las voluntades y suscitar la solidaridad. La revista adquiere de este modo, tanto por su actualidad de contenido cuanto por la puntual periodicidad de su aparición una fuerza militante y directiva que coadyuva eficazmente con las demás formas de apostolado.

Dos notas singularizan la creación del F. Gambón dentro del tipo de las revistas mencionadas. Una de ellas consiste en la vinculación inicial de la revista con la actividad de la Academia Literaria del Plata de la cual es el órgano representativo de trabajo.

Esta institución, nacida al calor de la Compañía y bajo su amparo y dirección,

tiene una larga y brillante tradición. En aquella época conservaba el esplendor y el prestigio con que hasta entonces había cumplido sus fines; pero se advertían las influencias de otras preocupaciones ajenas al campo de las letras. El cultivo de estas últimas no había excluido de su seno la consideración de otros temas de la cultura pero dominaba todavía la orientación de sus actividades dándole un sello que se revelaba cumplidamente en la velada anual de Sta. Rosa de Lima, su patrona. La velada transcurría en forma muy solemne y académica de acuerdo con un programa de oratoria, poesía y música, de gran calidad tanto por la importancia y calidad de los temas cuanto por la autoridad de los participantes. Todas grandes figuras del catolicismo argentino desfilaron por su tribuna, entre otros: José M. Estrada, Pedro Goyena, Tristán Achával Rodríguez, Jacinto Ríos, Juan M. Garro, Manuel Pizarro, M. Navarro Viola, Emilio Lamarca, Indalecio Gómez, Joaquín M. Cullen, Calixto Oyuela, Ernesto Padilla, Norberto Fresco, Bernardino Bilbao, Juan Zorrilla de San Martín, Gustavo Gallinal, Francisco Durá, Santiago O'Farrell, Tomás R. Cullen, Ricardo Monner Sans, Santiago Klappenbach.

La fiesta de Sta. Rosa, en la Academia, fue por muchos años un verdadero acontecimiento social y literario, al que asistía un público calificado y numeroso que colmaba el salón de Actos del Salvador. Los que entonces frecuentábamos el Colegio, recibíamos como un premio el permiso de asistir a dichas fiestas, ubicados en las galerías altas, desde donde observábamos con curiosidad a los académicos, vestidos de riguroso frac, recibiendo a las damas y caballeros, o acompañando al P. Gambón en el estrado, junto a las más altas autoridades que, con aquél, presidían la ceremonia. No olvidamos, por ejemplo, la suntuosa recepción de S. A. la Infanta Isabel de España, con motivo de su visita a la Argentina, en las fiestas del centenario de 1910 y la vemos subir al estrado, del brazo del presidente de la Academia, el doctor San-

tiago G. O'Farrell, acompañado de sus numerosos miembros.

Estos aspectos exteriores fueron apagándose, y desaparecieron pronto con el cambio de los hábitos sociales y la nueva estructura tomada en el país por sus diversas actividades intelectuales. Se amplió, en cambio, diversificándose su contenido, el programa de acción de la Academia, cuyos miembros más jóvenes aparecían atraídos por los grandes problemas sociales del momento o por la controversia de las ideas en el ámbito universitario. Muchos de ellos eran dirigentes o participantes del movimiento organizado en la Universidad por el Centro Católico de Estudiantes y, naturalmente, se interesaban en obtener los medios de completar y perfeccionar sus estudios, o en enriquecer, con el conocimiento de otras experiencias, sus métodos de penetración y proselitismo, o en robustecer el fundamento y la fuerza difusiva de las propias convicciones religiosas expuestas a la contradicción de una lucha entonces implacable; otros jóvenes, en cambio, se hallaban enrolados en el estudio y en la acción exigidos por las nuevas y grandes luchas en favor de la clase pobre, de acuerdo con los principios y orientaciones de las conocidas encíclicas pontificias y buscaban en la Academia la dirección o el consejo de los más expertos y el análisis de la bibliografía moderna.

Las diversas vocaciones cambiaron el modo de ser de la Academia, relegando a segundo término el cultivo de las letras. La aparición de la Revista "*Estudios*" coincide con este nuevo rumbo, lo traduce y lo estimula. De ahí, la segunda nota que caracteriza a esta publicación, según la intención de su fundador: la de recoger y proporcionar los estudios que en cada una de las disciplinas más importantes de cada carrera universitaria, sirvieran para ocrecentar en cultura, su preparación profesional, en formación religiosa, o su voluntad de apostolado. Por eso mismo, se llamó "*Estudios*" según se declara en el número inicial.

constituyeron en el centro de atracción, en el instrumento accesible de una solidaridad intelectual, en el órgano de expresión propia, dotado por sí mismo de una autoridad que enaltece el esfuerzo de cada colaborador y lo hacía partícipe de un movimiento que desbordaba los angostos cauces por donde hasta entonces habían transcurrido muchos ideales dignos de más amplio escenario y de más extensa repercusión. Colaboradores nacionales, y extranjeros de gran prestigio, alternaban en honrosa compañía, mientras en el seno de la Academia encadenábase sin ruptura la sucesión de las generaciones.

El P. Gambón llevó este pensamiento —dando una gran lección que no hemos olvidado los beneficiarios— hasta la generosidad de abrir las páginas de la autorizada revista a los alumnos de los últimos cursos. Así se explica que mi modestísimo nombre de escolar del penúltimo año del bachillerato figurara en el primer número. Aquel gesto comprometió, con la gratitud, la voluntad de todo el curso, el cual propuso y obtuvo, el año siguiente, la autorización para crear con los alumnos de 5º año una academia correspondiente, presidida por quien escribe estos recuerdos. La pequeña academia funcionó regularmente, durante todo el curso en la sala de sesiones de la del Plata, en cuyos muros, donde lo permitían las altas y nutridas bibliotecas, lucían los retratos de Félix Frías, de José M. Estrada, de Francisco Ayerza, de N. Navarro Viola. Recuerdo con emoción nuestras monografías y los debates suscitados alrededor de sus conclusiones. Cito de memoria a Alberto y Ricardo Font Ezcurra, con sus temas históricos; a Heriberto Ponce y Silva, Alejandro Funes, Bernardino Bilbao (h), Jorge Cabral Texo, José Mesa, Jorge Luis Fourcade, Jaime Ca-teula, Ricardo Vadillo, J. Fernández Saralegui, Héctor Miguens, cuyo fino estudio sobre los clásicos recogió "*Estudios*" en sus páginas con merecido elogio.

Aquel año, con motivo de la muerte de Marcelino Menéndez y Pelayo, nues-

Estas dos notas características de la revista fueron dos grandes aciertos que multiplicaron su difusión y su eficacia. La tra pequeña academia rindió un homenaje al ilustre y grande polígrafo, enviando una placa de bronce a su biblioteca de Santander. También entonces, publicó "*Estudios*" nuestros discursos y trabajos. Aquella experiencia tiene para cuantos participaron en ella un valor insospechado y ha orientado más de una vocación. Ella revela, por un lado, el sentido comprensivo del apostolado intelectual del P. Gambón, y, por otro, las particulares modalidades con que fue lanzada y dirigida la revista.

Cuando nos incorporamos a la Academia pudimos comprobar en seguida las ventajas del método que reseñamos. Era entonces presidente de la corporación el Dr. Emilio Lamarca. Después lo fueron Santiago Klappenbach, Enrique Prak y Alejandro Bunge. Recuerdo, entre otros nombres, los jóvenes del grupo que rodeaba al P. Gambón: Manuel S. Copeillo, Alfredo Thomson, Juan Massa, Pedro Tilli, Rafael Ayerza, Víctor E. Tau, Néstor Seia, Aldo Scotto, Aníbal Giusti, Mario Rodríguez Loredó. La Academia se organizó en secciones universitarias, primer esbozo de la aspiración a constituir una nueva universidad. Concurrieron a sus tribunas jóvenes y prestigiosos profesores. También frecuentaron sus sesiones los diputados católicos Arturo M. Bas y Juan F. Cafferata, a quienes secundamos, según nuestras fuerzas en sus trabajos y proyectos. No puedo olvidar en esta rápida evocación el entusiasmo con que acompañamos al P. Gambón en sus grandes campañas sobre la reforma de la enseñanza, cuando era ministro Tomás R. Cullen, o sobre el divorcio con motivo de proyectos que de tanto en tanto se preconizaban, materia esta última acerca de la cual tuvo una controversia pública en un salón teatro, con el senador socialista del Valle Iberlucea que fue para nosotros un ejemplo de saber, de mesura y de valor. De este modo, y siempre bajo

la dirección del director de "*Estudios*", los jóvenes de la Academia, con el apoyo de los mayores, comprendieron la organización de los Congresos de la Juventud en los años 1915 y 1916, de donde salió la primera federación de jóvenes católicos, y cuyo éxito decidió al entonces arzobispo de Buenos Aires, Monseñor Antonio Espinosa para convocar el primer Congreso Eucarístico nacional, organizado por el P. Gambón con la colaboración de sus elementos de la Congregación Mariana y de la Academia Literaria del Plata.

De todo lo dicho, y de mucho más, han quedado las huellas en las páginas de la revista la cual pudo, de ese modo y según el pensamiento de su creador, ser, particularmente para los jóvenes ex-alumnos del Colegio, un instrumento de formación de unidad y de perseverancia.

Podríamos llevar más adelante el examen y recorrer las diferentes etapas de su vida, en la que, a pesar de los muchos cambios, no hay un solo desfallecimiento, ninguna tregua. Esta empresa excede nuestro tema. Queremos sin embargo, estampar una conmovedora comprobación: nos hemos incorporado a la revista en su propio nacimiento, todavía adolescentes; en ella volcamos la expresión inicial de los ideales de nuestra juventud. Los primeros cincuenta años de la revista constituyen casi toda la vida de nuestra generación, y cabe por ende confrontar nuestra experiencia con las alternativas de aquella. Han recorrido, en el mismo tiempo, el mismo camino. El destino de nuestra generación que entra en la vida activa poco antes de la primera guerra y alcanza su plena madurez terminada la segunda, es digno de ser analizado en su valor testimonial. Quede este tema para otra ocasión. Entre tanto, celebremos el fausto acontecimiento del cincuentenario de una publicación que, ahora totalmente en manos de la Compañía, ha renovado su aspecto, su elenco, su estructura y ajustándose a las exigencias modernas, cumple los ideales de su creación con gallardía, perseverancia y dignidad.

Este supone á la materia eterna, y la ciencia le dice que en toda materia hay el sello de la contingencia.

Se supone dotada de movimiento como de una cualidad esencial á ella, y la ciencia le dice que es inerte.

Supone el movimiento eterno en el principio y eterno en el fin, y la ciencia por boca de sus más ilustres representantes le demuestra que el movimiento ha comenzado y marcha á su fin.

Supone el orden en el comienzo, y la ciencia le prueba dentro de la propia teoría materialista, que el orden no puede ser producto espontáneo del acaso, porque supone una inteligencia, y esa inteligencia no puede ser anterior al movimiento.

¿Pero de dónde viene, pues, ese movimiento?

“Las ciencias positivas, no pueden dentro de sus límites dar una solución legítima á este enigma. Las cuestiones de origen no siendo directamente observables ni experimentales, no caen dentro de la esfera propia de sus investigaciones.

Es la filosofía la que tiene la palabra, y ella en virtud de un procedimiento bien lógico, puede responder con uno de los maestros de la ciencia positiva, declarando como filósofo que “el universo no puede explicarse más que por una voluntad libre anterior á todo fenómeno; que la realidad de esta intervención aparece como una realidad matemática y que su afirmación puede ser mirada como la última palabra de la ciencia moderna. (1)

Este agente es Dios.

El sociólogo que siente como fundamento de su sociología la existencia de Dios, puede creer que la funda sobre una base bien sólida, bien legítima, bien fecunda, y para decirlo en una palabra, muy del gusto de la época, bien positiva y bien científica.

G. MARTINEZ ZUVIRIA.

(1) Duilhé de St. Projet, Apologie Scientifique, p. 96.

Primer artículo aparecido en el número inicial de "Estudios", 1911, firmado por Gustavo Martínez Zuviría (Hugo Wast).

50 años en la vida de u

Es imposible ^{con precisión atípica} tener ~~un~~ entendimiento ~~estudioso~~, por los 50 años de Estudios, longevidad única en ~~montañas~~ la historia del periodismo católico, aún allí ^{con su} imponente presencia. Y el P. Gambón debe conocer y bendecir desde el cielo a todos los que continúan en obra con cristianismo y patriotismo.

Y no se desestime la empresa

la Capital de un gran país católico, el Buenos Aires, ~~el Gran Buenos Aires, con el centro de~~

Todo Gran Buenos Aires ~~con~~ ^{con} un millón de habitantes es un fenómeno en el mundo entero.

Los católicos del Gran Buenos Aires no tienen sino copias de hacer ^{definitiva}, arrigar en forma ~~definitiva~~, ~~estudio~~, ~~para~~ un diario de ~~ideas~~ ideas.

Esto revela que reina entre nosotros una indiferencia general por estas manifestaciones de la cultura, de la acción, de la ^{apologética} ~~profunda~~ ~~católica~~.

¿Cuál es la ^{razón?} ~~causa~~? No es del caso tratar el punto, ^{la manera} ni abordar a ~~tratar~~ ~~se~~ ~~para~~ ~~que~~ ponderar el esfuerzo que implica el haber ~~se~~ mantenido vivo y vigoroso, durante medio siglo una revista no comercial, y en ciertos aspectos chocante por la razón sencilla de ^{quienes} ~~la~~ ~~apogea~~ la apologética en su olvido si no ~~para~~ "con de cura".

^{si puede ser} Válganme ~~por~~ ~~estas~~ líneas, precipitadas para hacernos perdona el no haber sido ^{puntual} ~~yo~~ ~~mis~~ ~~colaborador~~, ^{de estudios} ~~informes~~ ~~debido~~ como lo dije más arriba, el ~~apogea~~ ~~de~~ ~~escrito~~ ~~con~~ ~~el~~ ~~condicionamiento~~ ~~que~~ ~~disponía~~ ~~de~~ ~~en~~ ~~ese~~ ~~caso~~.

18. XI. 64

Hugo Wast

Página autógrafa de Hugo Wast
en su colaboración al presente número
de "Estudios".

revista y en la vida de un autor